

# El guaraní desde que el Paraguay es Independiente

Bartomeu Melià

Para una lengua un día no marca nunca cambios sustanciales. La independencia del Paraguay se llevó a cabo en la lengua del día anterior, que por muchos años continuó la misma. La situación lingüística del país era bastante estable: la casi totalidad de la población hablaba el guaraní; los pueblos indígenas también hablaban sus propias lenguas y los guaraníes de las selvas mantenían sus particulares dialectos, diferentes del guaraní paraguayo; sólo una pequeña minoría hablaba castellano.

Sin embargo, la independencia del Paraguay no se hizo en guaraní sino en castellano. Llama la atención que el guaraní como lengua escrita, por lo que consta en los archivos, desaparece desde 1813 de los archivos del Estado; ni el dictador Francia ni el autoritario Carlos Antonio López tuvieron ningún interés en conservar ni siquiera el rastro de esa lengua para su Estado naciente.

Al mismo tiempo, instituciones como el Real Colegio Seminario de San Carlos y las órdenes religiosas, que en cierto modo sostenían el uso del castellano, fueron suprimidas. Los grupos sociales que podían tener interés en hablar castellano, como la burguesía comercial y administrativa de origen español, fue marginada políticamente y en tiempos de José Gaspar Rodríguez de Francia, perseguida, expulsada o eliminada.

Pero el pueblo, y aun la oligarquía criolla terrateniente y militar continuaron hablando guaraní; un guaraní por cierto cada vez más desprovisto de normas y de literatura. También se sabe que los cabildos de los antiguos pueblos de las Misiones conducían sus deliberaciones en guaraní, aunque a veces ya eran redactadas en castellano.

La llamada *gente reí*, el pueblo común y simple, mantuvo la lengua guaraní en su vida cotidiana, en la casa, la calle, las fiestas, en las tertulias de vecinos y de sociedad.

Con la muerte de *El Supremo*, en 1840, y aunque se insinuara enseguida, por parte de sus sucesores, una crítica a la política cultural anterior y una preocupación por castellanizar al país a través de la instrucción pública, la situación lingüística del Paraguay no iba a cambiar tan pronto. Y son de nuevo los viajeros y comerciantes los que aluden a la lengua guaraní como hecho social peculiar del Paraguay.

«Encontré que los hombres hablaban dificultosamente el español y que su conversación la hacían en guaraní, al que llaman *avañeé*, siendo *avá*, indio, y *ñeé*, lengua» (Hughes /1842/, en Nagy 1969: 129).

«Es corriente en el campo que las personas entiendan y hablen sólo el guaraní con excepción de los que son funcionarios públicos o han recibido alguna educación [...] Aunque parezca extraño, y a pesar de que el padre (Don Juan Bautista Rivarola) es, para este país, un hombre instruido que estuvo a punto de ser nombrado presidente, ni su mujer ni sus hijas hablaban el español» (Munck /1843-1869/, en Nagy 1969: 192).

«La lengua que se habla en el Paraguay es el ‘guaraní’, que hablaban los indios que habitaban el país en la época anterior a la llegada de los españoles. Este idioma es de uso tan general que nunca se habla el español, y sólo con los extranjeros, siendo, en el interior, la gran masa de la población tan ignorante del español que es necesario tener un intérprete incluso para pedir un vaso de agua. Entre las mejores familias, en las ciudades y pueblos mayores, se comprende el español, y se lo habla con los forasteros; sin embargo, hasta en Asunción hay gente que no lo conoce en absoluto. Los decretos y leyes del gobierno se publican en español, que se usa también para dar órdenes en el ejército, y se lo enseña en las escuelas, a las cuales todos los niños varones del país deben ir forzosamente, hasta que aprendan a leer y escribir. Mas después de dejar la escuela, quizás nunca más lo escuchen, pues no tienen libros para leer; hay

muy poco papel para escribir de vez en cuando, con la excepción de firmar sus nombres y, generalmente, antes de cumplir 21 años, ya olvidaron todo lo que aprendieron en la escuela» (Graham /1846/, en Nagy 1969: 138-139).

Un diplomático francés, Eugenio Guillemot, ponía de relieve un aspecto esencial de la lengua guaraní paraguaya, al desvincularla de una hipotética herencia racial.

«Los habitantes de estas campañas hablan solamente el guaraní pero su fisonomía no es americana; los hombres tienen aspecto de europeos y las mujeres, vestidas con trajes asiáticos, llevan con mucha gracia sobre la cabeza o al hombro elegantes vasijas de tierra roja; se asemejan a las hermosas samaritanas de la Biblia que van a las fuentes en busca de agua» (Guillemot /1857/, en Nagy 1969: 179).

El empleo del guaraní para el chiste y el piropo, que hasta hoy todavía suscita orgullo entre los paraguayos, fue entendido por un entusiasta inglés que veía en el Paraguay una romántica Arcadia, y que se animó a aprender guaraní y usarlo no sin gracia.

«Estoy aprendiendo también el guaraní que siendo una rara jerigonza, sin embargo, no carece de elegancia. Está lleno de vocales, mas la mayor dificultad consiste en que las consonantes se pronuncian sin diferenciarlas, de manera que resulta difícil representarlas fonéticamente. La palabra guaraní que significa agua, es el punto crítico de la lengua: los paraguayos dicen que ningún extranjero es capaz de pronunciarla. [...] Todos los paraguayos, varones y mujeres, hablan guaraní y la mayoría de las clases bajas no hablan otro idioma; sin embargo, el idioma oficial es el español y la gente de sociedad afecta despreciar el guaraní. [...] El guaraní crea un manantial de charla y de alegría que nunca falla, y así suelo rogar a las chicas a que me digan algunas palabras y, una vez que ellas me las hayan repetido suficientemente como para que captase bien la fonética, yo me las anoto, y naturalmente, digo después para agradecerlas: *che oro haipú ndeve* [*che orohayhu ndéve*], lo que significa: te quiero mucho, o *che oroipotaite cheribericorá* [*che oropota ite che rembirekorã*] (yo quisiera mucho casarme contigo). Vaya aquí

otra muestra de un cumplido en guaraní: *pugweughpe capiipecha, nde pope rosa potryicha* [*nde pyguýpe kapi'ipéicha, nde pópe rosa potýicha*] (estoy debajo de tus pies como la gramilla y en tus manos como una rosa)» (Mansfield /1856/, en Nagy 1969: 205-206).

La política seguida por el sucesor del Dr. Francia, Carlos Antonio López, no muestra señales de haberse interesado por la cultura guaraní. Todo indica que incluso se persiguió el uso del guaraní, por lo menos en las escuelas.

El que llegó a ser un buen escritor, Juan Crisóstomo Centurión, recordaría en sus memorias lo que pasaba en la escuela particular del maestro Quintana:

«Se prohibía hablar en ella, en horas de clase, el guaraní, y a fin de hacer efectiva dicha prohibición, se habían distribuido a los cuidadores o fiscales unos cuantos anillos de bronce que entregaban al primero que pillaban conversando en guaraní. Este los traspasaba a otro que hubiera incurrido en la misma falta y así sucesivamente, durante toda la semana hasta el sábado en que se pedía la presentación de dichos anillos, y cada uno de sus poseedores como incurso en el delito, llevaba el castigo de cuatro o cinco azotes» (Centurión /1894/, en Rubin 1974: 24).

La azotaina se convertía en un divertido espectáculo. Y uno puede imaginarse que la popular diversión era asistida y comentada por los presentes con chistes y ocurrencias... en guaraní.

Indirectamente, sin embargo, Carlos Antonio López fortaleció sin pretenderlo el guaraní paraguayo, cuando en 1848 declaró cesado el régimen de «comunidades» en que estaban los antiguos pueblos de indios y desterró el uso de los apellidos guaraníes. Castellanizada de palabra, esta gente seguía en su habla y palabra tan guaraní como antes. Ahora traían un nombre español, habían dejado de ser «indios», pero hablaban la lengua de siempre. De este modo un grupo considerable de indígenas, hablantes en guaraní, se incorporaba a la masa de los «paraguayos», con lo que se cerraba un proceso que ya se había iniciado con fuerza cuando muchos Guaraníes de las Misiones jesuíticas, salidos de sus pueblos, habían pasado a las ciudades de españoles o se habían con-

chabado como peones en las estancias, dispersándose por todo el país.

Los viajeros que pasaron por el Paraguay de entonces ofrecen testimonios reiterados de la situación. «Conversación en guaraní era la mejor manera que tenían hombres y mujeres en el Paraguay para pasar sus noches», anotaron los hermanos Robertson en 1839. El campesinado no sabía otra lengua y hasta en la ciudad se la prefería.

A través de los testimonios de viajeros que cubren los primeros 50 años de república, no se nota que la situación lingüística del país haya sufrido cambios sensibles, pudiéndose observar una constancia de pautas comunitarias en el uso de las lenguas castellana y guaraní, como se habían gestado en el período colonial y que serán válidas hasta el siglo XX.

«El guaraní es, evidentemente, la auténtica lengua del Paraguay, hablada por todos sus habitantes sin excepción. El castellano, por el contrario, es código lingüístico aprendido ‘a puros azotes’ (Cardiel) en las escuelas. Su conocimiento y utilización está limitado a una minoría caracterizada por las siguientes notas: localización preferentemente urbana (Cardiel, Graham, Munck), sexo masculino (Cardiel, Dobrizhoffer, Robertson, Munck), edad adulta (Cardiel, Dobrizhoffer) y posición social elevada unida a nivel cultural alto (Azara, Munck), aunque, incluso en estos casos, el guaraní es la lengua de uso primario, manejada hasta por ‘el encomendero y su familia’ (Cardiel)» (Granda 1988: 541).

Lo que también se deduce de las observaciones históricas reseñadas –y dudo que se puedan aducir otras que les sean contrarias– es que hasta la Guerra del 70 el Paraguay era un país donde el guaraní era la única lengua, como hecho social nacional. Ni siquiera los mestizos eran bilingües.

El bilingüismo era entonces, y hasta bien entrado el siglo XX, un fenómeno insignificante y superficial. Estos indicadores sociolingüísticos, sin embargo, poco dicen respecto a la forma de lengua real en uso, de la cual nos quedaron poquísimos testimonios documentales.

## La lengua en la escuela

Por una paradoja que, sin embargo, puede considerarse una constante histórica, en el Paraguay, como en otros países de Iberoamérica, la educación escolar tiene una dificultad, podemos decir crónica, para encarar con realismo el problema lingüístico.

Como había sido en los últimos tiempos coloniales, el problema de la lengua volvió a presentarse cuando la Junta Gubernativa del nuevo Estado trató en 1812 de dar *Instrucciones para Maestros de Escuelas*. Solamente que proyectando fantásticas aspiraciones, que poco tenían que ver con la realidad, al mismo tiempo que se preveía la enseñanza de la paleografía para el conocimiento de los distintos tipos de escritura, se pedía a los maestros que desterraran el guaraní y procuraran la buena pronunciación de las palabras castellanas (Cardozo 1985: 193).

El alcance real que haya podido tener la escuela en tiempos del doctor Francia es hasta hoy un asunto mal conocido, que suscita opiniones encontradas. El viajero Richard Grandsire, ya en 1825 (Nagy 1969: 28) había difundido la fama de que «todos los habitantes del Paraguay, indios y criollos, saben leer, escribir y contar; a este efecto hay por todas partes escuelas públicas que los niños dejan sólo cuando el Cabildo local declara que se encuentran bastante instruidos». «Los nativos pueden dirigirse al Dictador para educar a sus hijos a expensas del Estado», observaba el mismo. Pero hacia 1834 el Estado sólo sostenía a 150 maestros que enseñaban a unos 5.000 alumnos, una cifra bastante inferior a la de la población en edad escolar (White 1989: 138). Lo que en estas escuelas se enseñaba era un curioso catecismo llamado «patrio reformado», cuyo texto, tal como se ha conservado, estaba en castellano.

En 1836 Francia habría inaugurado una biblioteca pública, que contenía unos 5.000 volúmenes, «heredados» por el Estado o confiscados de las colecciones privadas de la oligarquía (White 1989: 139), pero al parecer estos libros permanecieron siempre para su uso particular y exclusivo. (Cardozo 1985: 212-213). La mayoría de esos 5.000 libros, ¿no serían los de la biblioteca del antiguo colegio de los jesuitas de Asunción, la mejor de toda la provincia? Actualmente se tiene el catálogo editado de dicha biblioteca de enorme riqueza, pero no la del Dr. Francia (Gorzalczany 2006).

Según Rengger, hubo una época, después de la revolución, en que los libros se introdujeron libremente en el país, y con ellos el gusto por la lectura, si bien los más continuaron recogiendo todo su saber en las dos mejores obras que a la sazón se conocían en el Paraguay: *El año cristiano* y *La flor de Santos*. Hay que reconocer que todos estos datos son más anecdóticos que efectivos para cambiar la configuración lingüística de un pueblo.

La castellanización del Paraguay, como política de Estado, comenzó con el presidente Carlos Antonio López, que impulsó la prensa, la literatura y la enseñanza del castellano. En esa época, se inició la política escolar que ha prevalecido hasta el presente. Para niños y niñas que iban a la escuela no se pensó en otra lengua de alfabetización y enseñanza que el castellano, en detrimento del guaraní que, sin embargo, era la lengua de la comunicación social y de la cultura nacional. La sociedad se vio así despojada de protagonismo en su educación: educación para el paraguayo, pero no educación paraguaya.

La gran guerra contra la Triple Alianza fue el hecho histórico que colocó de nuevo la lengua guaraní como símbolo y cifra de identidad nacional. Fue un paréntesis de honorabilidad para el guaraní. Los periódicos de campaña la convirtieron en «vehículo de secreto y reserva militares, a la vez que como distintivo o signo nacional; es un arma más para la defensa», dijo Josefina Plá. No solo el periódico *Cabichui*, sino otros diarios de trinchera, usaron la lengua «vulgar» para notas y noticias, versos, chistes y sátiras contra el enemigo, diálogos a veces trágico-cómicos que confirmaron la unidad de un pueblo en su lengua.

Se puede decir que «se debe al Mariscal López el mérito de restaurar la literatura en guaraní. Desde el tiempo de los jesuitas, por primera vez se imprimió prosa y poesía en la lengua nacional. Fue el guaraní uno de los poderosos resortes de la épica resistencia».

Con estilo un tanto declamatorio Centurión (1947, I: 75) recordará que «la guerra de 1864 a 1870 se nutrió con la sonora armonía del idioma autóctono. [...] El drama hondo y terrible, la tragedia singular de aquella época los sufrió así el pueblo paraguayo, en guaraní. Era la lengua en que lloraban las mujeres de la 'residenta' y en la que odiaban y peleaban los varones de nuestra tierra».

La literatura en guaraní se restauró en esa ocasión, si bien con recursos e intenciones muy diferentes de los que había gozado en los tiempos de las misiones jesuíticas.

Después de la guerra grande del 70, aunque el Paraguay mantuvo su soberanía formal, tuvo sus gobiernos sometidos a las políticas de ocupación que seguían los dictámenes de Brasil y en cuestión cultural los de Argentina.

En la época que se abre con la postguerra, que tiene no pocas características de un neocolonialismo implacable, se reedita la política contra la lengua guaraní, vista de nuevo como problema para el desarrollo moderno del Paraguay: el castellano es la civilización contra la barbarie del guaraní, conforme a la ideología argentina de la época. Ideas que se afirmaron cuando al Paraguay vino en 1887 el famoso político y educador, Domingo Faustino Sarmiento, autor de *Facundo* (1845), quien a pesar de viejo todavía tuvo una notable influencia en materia educacional, antes de su muerte en 1888.

Los maestros que completaron su educación en la Argentina trajeron con las ideas modernas el desprecio por las lenguas indígenas; no en vano se habían dado en esa misma Argentina las genocidas guerras del «desierto» que diezmaron la población indígena.

Llama la atención la permeabilidad que el Ministerio de Educación del Paraguay acepta y se adhiere a reformas y programas de educación que llegan sucesivamente del exterior, y que son trabajados como aquella trama siempre inconclusa a la manera de una tela de Penélope, que deshace de noche lo avanzado durante el día.

En todo el siglo XX, la lengua nacional del Paraguay, a pesar de la declaración constitucional desde 1992 de que es lengua oficial, no ha conseguido serlo realmente.

### **¿Por qué la lengua oficial no es todavía lengua oficial?**

La lengua guaraní ya había sido lengua oficial de gran parte del Paraguay, lengua A, no dominada, lengua de la escuela, lengua escrita y lengua de comunicación incluso con el mundo exterior,



que se hacía traducir en el seno del Estado español, lengua de prestigio y lengua de identidad, lengua propia de una nación. Y si se ha dicho, aunque con exageración, que las Misiones jesuíticas eran un Estado dentro del Estado, ese Estado tenía como lengua propia y única el guaraní. Los centenares de páginas manuscritas e impresas del tiempo de las Misiones jesuíticas dan fe y testimonio del hecho. Un catálogo, incompleto por cierto de esos escritos, pues faltan un centenar de documentos de fines del siglo XVIII y principios del XIX, puede verse en mi trabajo *La lengua guaraní en el Paraguay colonial* (Melià 2003: 329-372).

Cuando el general Manuel Belgrano en 1810, en vísperas de la Independencia, dirigía proclamas y cartas en guaraní (ver 3.3.1) a las autoridades del Paraguay y a su pueblo, lo hacía a sabiendas de que ésta era su lengua propia. Con ello le otorgaba de hecho oficialidad. Como anota certeramente Morínigo (1968: 198).

«escribirlas en guaraní no constituía un gesto de político habilidoso para halagar sentimientos regionalistas. Era simplemente una actitud realista impuesta por una necesidad concreta. El pueblo paraguayo, como el correntino y misionero, por una serie de circunstancias históricas, sólo conocía la lengua indígena».

La iniciativa de Belgrano no era por otra parte del todo inédita, ya que en la misma época se hacía uso de otras lenguas indígenas, como el quechua y el aymara, para proclamar las ideas del movimiento emancipador (Levene, 1948). ?

La expedición de Belgrano al Paraguay fracasó, pero consiguió despertar en los futuros paraguayos el deseo de liberarse de los españoles; las palabras en guaraní de sus proclamas llegaron más lejos que sus tropas.

Para esta época los testimonios sobre el uso de la lengua guaraní como única lengua de la región se repiten, como ha anotado Morínigo, en su citado estudio (1968: 202-203). El mismo Robertson refería que «el pequeño Orrego, cuando su pulpería estaba llena de gente baja arengaba con elocuentes tiradas en guaraní en elogio del Cará Francia».

Cuando, en febrero de 1822, los vecinos del pueblo de San Roquito se reunieron en asamblea para decidir su incorporación a

la provincia de Corrientes, las deliberaciones fueron conducidas en guaraní y en guaraní se hizo la declaración pertinente, si bien a la hora de firmar, los representantes del pueblo D. J. Fado Tabacayú, comandante de milicias, los alcaldes D. Miguel Tacuabé, D. Pedro Tapirayú, D. Feo Solano Aripí, el corregidor D. José Moroví, el juez D. José Baricuyé y el teniente D. Andrés Ñongoy, lo hicieron por interpósita persona, «a ruego», por no saber firmar. Igualmente en guaraní fue dirigida, en 1827, una proclama de los corregidores de los pueblos de San Miguel y San Carlos, a los pueblos del Paraná, en la que se daban los motivos de su incorporación a la provincia de Corrientes. Es interesante una anécdota ocurrida en 1841. El general Paz solicitaba de su aliado el general Ferré un sustancial auxilio de caballos. Ferré lo prometió, pero en su fuero interno ya había determinado lo contrario. Al marcharse reunió a sus oficiales y, hablándoles *en guaraní para que Paz no se enterase*, les informó de que iban a pasar a Entre Ríos y les instruyó para que se negaran a seguir a Paz en el caso de hacerles pasar el Paraná.

«Aquí, lo mismo que en Corrientes, los hombres hablan poco y con cierta resistencia el español. Las mujeres lo hablan muy escasamente. El español ha sido sustituido casi completamente por el guaraní. La mayoría de las mujeres se avergonzaban de mostrar su deficiencia en el español, en tanto que los hombres tenían gran aversión a expresar inadecuadamente y con dificultad en español lo que podían decir con tanta fluidez y hasta retóricamente en su propio lenguaje. Como todos los lenguajes primitivos, el guaraní tiene muchas bellezas metafóricas» (Robertson /1838/, en Nagy 1969: 94).

En el gobierno de Francisco Solano López (1862-1870), que sucedió a su padre, la política lingüística no hubiera cambiado de signo, si no se hubiera dado un hecho histórico, que levantó la lengua guaraní a símbolo y causa de identidad nacional. Este hecho fue la Guerra contra la Triple Alianza, formada por Brasil, Argentina y Uruguay (1864-1870). En un momento en que el pueblo necesitaba sentirse unido contra un enemigo común, hizo causa común en torno a la lengua guaraní. Aquí no son los datos relativos a la escuela los que dan prueba del cambio de actitud,

sino el periodismo de campaña como reflejo de la comunicación real en el seno del ejército y en relación con la nación.

«No ha quedado vestigio del proceso que llevó a la conclusión de que era no ya conveniente sino necesario, utilizar el guaraní. Podríamos en rigor considerar esta práctica como una ampliación del uso cotidiano del guaraní en las relaciones menos formales de campamento o de fuerte de frontera: debe tenerse en cuenta que la instrucción militar, especialmente de cabo para arriba, se daba reglamentariamente, en castellano. El hecho es que el vernáculo adquiere ahora lugar definido, y prestigio como vehículo de secreto y reserva militares, a la vez que como distintivo o signo nacional; es un arma más para la defensa. Y esta disposición no afecta sólo al ciudadano en la trinchera. Por primera vez hallamos en 1865 en los comunicados de autoridades del interior la noticia de haberse dado pláticas o instrucciones cívicas o militares a sus vecindarios respectivos en la llamada «lengua vulgar». Y poco después aparece, por primera vez también, la literatura profana en guaraní, en la prensa de guerra. Notas, noticias, versos, diálogos en vernáculo, o en un lenguaje mixto de guaraní y castellano, ocupan parte del espacio en Cabichuí; la totalidad, en otros periódicos de trinchera» (Plá-Melià 1975: 12-13).

Aparece entonces una literatura en guaraní paraguayo, donde están presentes formas y contenidos que la diferencian notablemente de los textos misioneros, los únicos producidos hasta entonces.

Al trazar la semblanza del mariscal López, ya muerto en la guerra, el padre Fidel Maíz cree poder exaltarlo con decir que con su elocuencia arrastraba a sus oyentes y «esto principalmente en sus arengas militares, sea que hablase en castellano, sea que lo hiciese en guaraní, idioma que mucho estimaba, hablándolo con especial agrado y hasta con elegancia» (Cardozo 1985: 273).

Desde el punto de vista sociolingüístico lo cierto es que de nuevo la lengua guaraní se manifestó útil y adecuada para las necesidades de un pueblo, en situaciones y funciones que el castellano hablado en el Paraguay no podría satisfacer.

El desprecio de los hombres del nuevo gobierno provisional se pone en evidencia en las actas del Congreso Constitucional de

1870. Cuando el representante del pequeño pueblo de Paraguarí presentó la moción de que se permitiera a los miembros del Congreso hablar en guaraní, si así lo deseaban, la respuesta fue la «hilaridad general» y la moción «fue combatida enérgicamente por los diputados [...] que pidieron no tan solo su rechazo sino que se prohibiera terminantemente que en lo sucesivo fuese promovido el asunto. La asamblea, por mayoría de las dos terceras partes de sus miembros, votó el rechazo, en los términos propuestos» (Decoud 1934: 179, en Rubin 1974: 25).

Una vez más fue en la escuela donde esa ideología se plasmaba con mayor fuerza. Conforme al espíritu de modernidad de la época, el Ministro de Educación, Manuel Domínguez, que por lo demás era un buen escritor e intelectual, en 1894 «denunció el guaraní como el gran enemigo del progreso cultural del Paraguay».

«El 2º jefe de la «Legión Paraguaya», don Juan F. Decoud, fundó un bisemanario titulado «La Regeneración», en cuyo primer número, (1º - X - 69), un artículo afirmaba: «Ya se ha dicho que nuestro pasado es el jesuitismo, el feudalismo de la Edad Media, el terror, el fanatismo, los dogmas del odio, y el guaraní: espantosa creación de la ignorancia, del retroceso, digno de ser aplaudido por los apóstatas que se servían de él como enemigo de todo progreso y civilización». Asimismo, el Cnel. José C. Meza, entonces jefe de policía, el 26 de febrero de 1904 dictaba un edicto por el que prohibía el uso del poncho *ñemonde*, por los varones, y del cigarro *poguasú* por las mujeres; también le vedaba al personal de empleados y tropa la utilización del idioma guaraní» (en: Genes Hermosilla 1978: 9).

El testimonio autobiográfico de quien llegaría a ser el mejor lingüista paraguayo moderno, Marcos A. Morínigo, ilustra la situación de principios del siglo XX:

«Hacia fines del siglo pasado una fuerte tendencia nacida de la presencia de muchos extranjeros en el Paraguay trató de identificar el español con la civilización y la cultura y de considerar el guaraní como la causa principal del atraso general del país. En muchas familias se ensayó entonces relegar al guaraní al

trato con los criados y a prohibir su uso en las escuelas. Yo nací en la Asunción y me crié en esa ciudad bilingüe y la zona bilingüe guaraní-española de la Argentina, donde viví hasta los veinte años. Mis padres hablaban muy bien el guaraní, pero a los hijos en casa nunca se nos permitió hablar en guaraní y hasta los doce años fuimos a escuelas donde a los chicos no se les permitía hablar en guaraní, en circunstancia alguna. De modo que, aunque algo sabíamos de la lengua a pesar de todo, realmente yo no la hablé hasta que fui a la escuela secundaria. Allí la aprendí entre clase y clase y en los viajes diarios de ida y vuelta y en los campos de deporte, simultáneamente con el francés y las declinaciones latinas. Cuando salí de la escuela secundaria para ir a la universidad yo sabía hablar guaraní como el mejor» (Morínigo 1990: 180).

No pocas personas de la actual burguesía paraguaya de comerciantes, hacendados y profesiones liberales podrían autobiografiarse lingüísticamente del mismo modo. Un científico paraguayo, como León Cadogan, habló inglés, alemán y guaraní, antes que el castellano (Cadogan 1990: 63).

Al tener que reafirmar su identidad lingüística, el Estado paraguayo arrastra una larga serie de desafíos, histórica e ideológicamente no siempre bien encarados. Por una parte, no quiere excluir al español que conserva el aura de lengua culta y sirve de unión entre los países latinoamericanos y con la «madre patria» –concepto bien admitido en el Paraguay– y con cuantos a través del mundo la han hecho su segunda o tercera lengua.

Por este y otros motivos el Paraguay se declara de entrada país bilingüe. Sin embargo, la biografía lingüística del país muestra que su lengua propia fue y es el guaraní.

El bilingüismo no puede ser la artimaña para encaminar al Paraguay hacia una substitución definitiva, aunque de momento paulatina, de sus lenguas, orientada hacia el monolingüismo castellano como parece ser la opción secreta de ciertos ambientes paraguayos. Hace poco no dudé en hacer «el elogio del monolingüismo guaraní» (Melià, 2005), al presentar un bilingüismo que acepte de una vez y sin reticencias ni timidez, el castellano como segunda lengua, como lo es el uso social.

La cuestión del paso del guaraní a la modernidad es uno de los problemas más acuciantes, ya que el proceso que el castellano, o el francés u otra lengua, realizaron a lo largo de un proceso de actualización y de modernización de su terminología técnica y científica, el guaraní lo tiene que llevar a cabo solo y desde más abajo, si se puede hablar así. Su modernización ejemplar en tiempos coloniales, quedó interrumpida a partir de la Independencia (1811), que descuidó enteramente ese capítulo.

El Paraguay, un país «lingüístico» por excelencia, objeto de consideración y de repetidos estudios desde el exterior, podemos decir que ha carecido en su interior de un grupo significativo de lingüistas, aunque haya nombres relevantes en el campo gramatical y lexicográfico.

Donde el Estado paraguayo está en falta consigo mismo es en dos áreas específicas. La proclamada oficialidad del guaraní es muy precaria, por no decir letra muerta. Los poderes del Estado, ejecutivo, legislativo y judicial, no han dado ningún paso hacia la oficialidad del guaraní. El Estado paraguayo no es bilingüe, aunque los miembros de este Estado, incluyendo la casi totalidad de sus gobernantes, aun los más preeminentes, y funcionarios hablan fluidamente el guaraní, aun mejor que el castellano. No hay bilingüismo oficial, ni tampoco lo puede haber simplemente «por decreto».

En el área educativa se plantearon estrategias para la atención de la educación bilingüe. Una de ellas atendía a la necesidad de llevar el guaraní a la escuela. La propuesta fue recibida con bastante entusiasmo en sus principios. Unas 500 escuelas adoptaron la modalidad bilingüe. El programa manifestó muy pronto sus bondades –mayor rendimiento escolar, superación de la proverbial timidez del alumno paraguayo, alegría en el ambiente de aprendizaje–. Sin embargo, los problemas surgieron desde los docentes, poco o mal preparados y a veces incluso contrarios al programa y a su espíritu.

Es cierto que nunca como ahora se había hablado más y mejor *del* guaraní, sobre todo por parte de escritores e intelectuales, pero tampoco nunca como ahora, proporcionalmente, la sociedad había hablado menos y peor *el* guaraní. La sustitución del guaraní por el castellano no conduce a niveles de mayor comuni-

cación y comprensión. Como sostiene Klaus Zimmermann (2002): «El caso del Paraguay es de importancia ejemplar para la planificación lingüística, porque la mayoría de las lenguas indígenas se ve confrontada con el mismo problema de mayor o menor grado».

Las lenguas siguen siendo del pueblo, de la casa, de la calle y de la plaza, pero no se puede descuidar la fase de planificación, de educación y creación. Hay tareas de normatividad, de normalización, de difusión, de propaganda y de incentivo a la literatura que son necesarias. De esta política lingüística nos sentimos huérfanos, tanto en guaraní como en castellano.

## Referencias bibliográficas

- Brabo, Francisco Javier, *Colección de Documentos relativos a la expulsión de los jesuitas de la República Argentina y del Paraguay en el reinado de Carlos III*. Madrid 1872, p. 277-289.
- Cadogan, León, *Extranjero, campesino y científico: memorias*. Asunción, CEADUC, 1990.
- Cardozo, Efraim, *Apuntes de historia cultural del Paraguay*. Asunción, Biblioteca de estudios paraguayos, 1985.
- Castañeda, C.E. y Dabbs, J.A., *Calendar of the Manuel Gondra Manuscript Collection*. México, 1952.
- Centurión, Carlos R., *Historia d las letras paraguayas*. III vols. Buenos Aires, Edit. Ayacucho, 1947-1951.
- Genes Hermosilla, Ida B., «Actitudes hacia la lengua guaraní», *Ñemity* 3, Asunción, 1978, p. 8-10.
- Gorzalczany, Marisa Andrea y Alejandro Olmos Gaona, *La biblioteca jesuítica de Asunción*. Buenos Aires, 2006.
- Granda, Germán de, *Sociedad, historia y lengua en el Paraguay*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1988.
- Hernández, Pablo, *El extrañamiento de los jesuitas del Río de la Plata y de las misiones del Paraguay por decreto de Carlos III*. Madrid, 1908.
- Levene, Ricardo, *Las revoluciones indígenas y las versiones a idiomas de los naturales de documentos de la Independencia*, Buenos Aires, 1948.
- Melià, Bartomeu, *La lengua guaraní en el Paraguay colonial*. Asunción, Cepag, 2003.
- Mitre, Bartolomé, *Catálogo razonado de la sección Lengua americanas*, II. Buenos Aires 1910.
- Morínigo, Marcos A., «Sobre los Cabildos Indígenas de las Misiones», *Revista de la Academia de Entre Ríos*, 1 (Paraná, Argentina, 1946): 29-37.

- Morínigo, Marcos A., «Para la historia del español en la Argentina. Las cartas guaraníes del general Belgrano», *Actas de la Quinta Asamblea interuniversitaria de Filología y Literaturas hispánicas*, Universidad Nacional del Sur, 1968.
- Morínigo, Marcos, *Raíz y destino del guaraní*. Asunción, CEADUC, 1990.
- Nagy, Arturo: *Paraguay: imagen romántica (1811-1853)*. Asunción, Ed. Centenario, 1969.
- Pérez-Cuesta, Luis. *Documenta ivesuitica*, año II, n.º 5-6, 1996; año VI, n.º 24, octubre 2000, Praha, República Checa.
- Plá, Josefina y Melià, Bartomeu, *Bilingüismo y tercera lengua en el Paraguay*. Asunción, Biblioteca de estudios paraguayos, 1975.
- Súsnik, Branislava, *El indio colonial del Paraguay; II, Los trece Pueblos guaraníes de las Misiones (1767-1803)*. Asunción, Museo Etnográfico Andrés Barbero, 1966.
- Zimmermann, Klaus, «La amenaza de la lengua guaraní, planificación lingüística y purismo en Paraguay», *Thule. Rivista Italiana di Studi Americanisti*, n.º 12/13 (abril-octubre de 2002), pp. 175-205